

bia trascendido fuera de los cuarteles, y el Virey se hallaba en sesion de la junta de guerra que tenia todas las noches, cuando entre nueve y diez de uno de ellos se le dió aviso que estaba sobre las armas un crecido número de tropa, de la cual habia ya entrado alguna á palacio, y que los que habian dispuesto el movimiento eran los cuerpos de órdenes militares, y del Infante D. Carlos y Castilla, los que estaban de acuerdo con las compañías de Marina, en las que Apodaca tenia la mayor confianza, y eran las que custodiaban su persona, hallándose tambien en la plaza frente á la catedral la primera de las nueve compañías de caballería que se formaron con el nombre de "Defensores de la integridad de las Españas". Al mismo tiempo solicitaron entrar á hablarle los jefes de la azonada, que lo eran D. Francisco Bucelí mayor del batallon de D. Carlos, los capitanes de Llorente, Caballero de Ordenes y varios oficiales de diversos cuerpos.

Introducidos todos á la junta de guerra manifestó Bucelí, que el descontento de la tropa se originaba, de que se creia que al Virey se le imputaba el que se hubieran sacrificado sin fruto tantos cuerpos que se vieron en la necesidad de rendirse, y que de consiguiente se perdieran lugares tan importantes como Valladolid y Querétaro, hallándose á la vez Puebla en grave peligro, porque Concha no hacia empeño para que la division que mandaba acudiese á socorrerla; y que siendo las circunstancias tan apremiantes, era forzoso que al Virey se le separase del mando, y que entrara luego á ejercerlo alguno de los sub-inspectores, designando especialmente á Liñan. A todas estas observaciones contestó el Virey, que no era responsable de la inaccion del general Cruz, á la que únicamente debia atribuirse la pérdida de las provincias del interior; que tampoco podia esperar que se hubiera rendido Valladolid en vista de las protestas hechas por Quintanar; y que respecto de Querétaro habia hecho todo lo posible para auxiliarlo, con

cuyo fin habia ordenado que de Toluca marchara la division de Castillo, y que saliera de México la que mandaba Concha: que en cuanto á Puebla, el brigadier Llano habia asegurado repetidas veces que no necesitaba de fuerza alguna, porque le bastaban las que tenia; y que si Concha no se habia dirigido para esa ciudad, era porque no teniendo confianza en la tropa, no se arriesgaba á salir de la Capital.

Entonces Liñan tomó la voz, afeando la conducta inconsiderada de los que habian promovido aquella sedicion, y protestó que de ninguna manera admitiria el mando que se le ofrecia, haciendo Novella igual declaracion. Llorente dijo: que era necesario contar con la voluntad de la tropa, para lo que bajó á consultar y volvió á poco diciendo, que los soldados no se conformaban si no era con la absoluta y total separacion de Apodaca; y que los ánimos estaban ya tan irritados, que no se podia responder por su vida, si esto no se verificaba inmediatamente. Los inspectores continuaron resistiéndose á recibir el mando; mas los amotinados dijeron, que si nadie se determinaba á recibirlo, nombrarian Virey á Bucelí, y entonces hubo de condescender Novella para evitar mayores males. Apodaca no podia contar ya mas que con muy pocos soldados de Marina y con los alabarderos de su guardia; y no siendo en manera alguna posible que unos pocos individuos resistieran á las tropas expedicionarias, se vino en el mas completo conocimiento de que era absolutamente inevitable la destitucion solicitada; en cuyo evidente concepto y en el de la condescendencia de Novella, el único arbitrio que quedaba, era el que se procediera á tan funesto y penoso caso del modo menos perjudicial y alarmante.

Al efecto presentó Bucelí al Virey para que lo firmase, un papel en que atribuia su separacion á enfermedades que no le permitian continuar desempeñando el empleo; mas luego que se impuso de su contenido, lo rompió di-

ciendo bastante irritado, que aunque dejar el mando en aquellas circunstancias, era lo mas grato que podia acontecerle, presentándosele un puente de plata para salir de tantas dificultades, no lo dejaria de una manera deshonorosa, poniéndose en ridículo á los ojos del público con aquel pretesto, cuando se le veia todos los dias recorrer á caballo los puntos y cumplir con todas obligaciones. Esto dió lugar á nuevas y mas acaloradas contestaciones, en las que Liñan desafió á los jefes de los amotinados hasta que finalmente se convinieron en que el Virey firmaria la renuncia que él mismo redactó en estos términos: "Entrego libremente el mando militar y político de estos reinos, á petición respetuosa que me han hecho los Sres. oficiales y tropas expedicionarias, por convenir así al mejor servicio de la nacion, en el Sr. Mariscal de campo D. Francisco Novella, con solo la circunstancia de que por los oficiales representantes se me den las seguridades necesarias para mi persona y familia, manteniendo la tropa de Marina y dragones que tengo; y se me dé ademas la escolta competente para marchar en el siguiente dia á Veracruz y continuar mi viage á España: dejando á cargo del expresado Sr. Novella con toda la autorizacion competente, dar las disposiciones y órdenes para la conservacion del orden y tranquilidad pública, y entenderse en vista de esta cesion que hago con las autoridades tanto eclesiásticas como civiles y militares del reino.

—México 5 de Julio de 1821.—El Conde del Venadito." En seguida dirigió un oficio á la junta provincial para que reconociese á Novella por jefe político superior.

Mientras todo esto sucedia en el interior del palacio, los sublevados que se habian apoderado de todas las puertas impedian que entrara ni saliera persona alguna. El oidor Campo Rivas, el Canónigo Mendiola y Marqués de Salvatierra que concurrían á la tertulia de la Vireina, queriendo retirarse sin tener noticia de lo que pasaba,

fueron detenidos hasta el dia siguiente; y el mayor de plaza Mendivil que habiendo sabido en el teatro el movimiento, se dirigió luego á palacio queriendo entrar, no se le permitió sino que se le condujo al cuartel y se le pusieron centinelas de vista. Verificada la destitucion del Virey, la tropa volvió á sus cuarteles, y él salió á las siete de la mañana siguiente con su familia para la Villa de Guadalupe, y se hospedó en el meson hasta que se le dispuso la casa de un canónigo. Pocos dias despues se acercaron los independientes y volviendo entonces á la ciudad se le alojó en el convento de S. Fernando en donde permaneció hasta que se le proporcionó su salida para España.

Novella se dió á reconocer á las autoridades, y contestando la Diputacion provincial al oficio que Apodaca le habia dirigido, expuso que del mismo documento se deducia haber hecho la renuncia obligado por la fuerza, y que además no estaba autorizado para sustituir en el mando á la persona que le pareciera, en atencion á que las leyes tenian señalado quién debia sucederle en caso de faltar por un motivo imprevisto; mas como todo era confusion entre el antiguo y nuevo sistema, se dirigió á la audiencia para saber si en su archivo se depositaba alguna cédula de mortaja. Novella queria prestar el juramento ante la audiencia, la que expuso que no le convenia recibirlo segun el nuevo orden de cosas; pero habiendo cedido la Diputacion provincial para evitar la anarquia, lo prestó ante ella. Sin embargo de tantas diferencias y dificultades, el nombramiento de Novella se celebró con las funciones de teatro, felicitaciones y demas solemnidades acostumbradas en los casos ordinarios, y el nuevo Virey no podia hacer otra cosa que seguir la senda de su antecesor, aunque quiso reanimar el espíritu público por medio de proclamas; y para dar mas acertada direccion á las operaciones de la campaña, formó una nueva junta de guerra

compuesta de las personas que por su posicion social mas bien que por su capacidad militar, pudieran influir en la opinion. Procuró hacer efectivo el alistamiento de los vecinos en los cuerpos de defensores de la integridad de las Españas; y como no se habia conseguido la requisicion de caballos dispuesta por su antecesor, dictó nuevas providencias imponiendo penas á los que no obedecieran. En seguida nombró gobernador militar de México á D. Estevan Gonzalez del Campillo, que lo habia sido de Tlaxcala, y él mismo inspeccionaba la construccion de fortificaciones que se estaban levantando para la defensa de la Capital en el caso que parecia ya próximo, de que fuera inevitable el que tuviese que sufrir un sitio.

Habiéndose concluido la relacion de los dos sucesos ruidosos que fueron de grande importancia, asegurada la tranquilidad de las provincias pronunciadas y terminada la entrevista con el general Cruz, se dirigió Iturbide para Valladolid con las tropas que tenia en el Bajío y en parte de Michoacan, y llegó á Huaniqueo á las siete de la noche del 12 de Mayo, habiéndose adelantado por Chucándiro la fuerza principal de su ejército, el que se componia de los cuerpos siguientes: De infanteria, Fernando VII, Corona, Nueva-España, Fijo de México, Tres Villas, Celaya, Santo Domingo, el Sur y Ligero de Querétaro. De caballeria: Granaderos de la escolta del primer gefe, Dragones de América, antes de España, Querétaro, Príncipe, Sierra Gorda, San Luis, San Carlos, Fieles del Potosí, Moncada, el Rey y compañía de la Sierra de Guanajuato. Parte de alguno de estos cuerpos permanecia en el ejército realista y parte en otras divisiones independientes; pero el total que marchó sobre Valladolid, no bajaba de ocho á diez mil hombres.

Desde Huaniqueo dirigió Iturbide una proclama á los habitantes de la ciudad y comunicaciones al Ayuntamiento y al comandante Quintanar, invitándoles á que se

adhiriesen al plan proclamado, entrando con este fin en contestaciones para evitar la inútil efusion de sangre, y con tal motivo agregó los documentos concernientes al estado de la revolucion en las demas provincias, asegurando que las tropas de Nueva Galicia, Zacatecas y San Luis Potosí, no saldrian un punto de sus demarcaciones. El dia 13 se adelantó á la hacienda de Guadalupe en la cual, en la del Colegio y en el pueblo de Tarímbaro, quedó repartido el ejército además de las secciones del Teniente coronel Barragan y del Mayor Parres, que de antemano se hallaban situadas, la primera al Sur y la segunda al Este de la poblacion.

Quintanar respondió en el mismo dia que sus obligaciones mas sagradas y su honor estaban en contradiccion con la propuesta que se hacia y que en aquella plaza no se reconocia mas que al legítimo gobierno. Iturbide confiando sin duda en el influjo de su persona y en su arte de insinuarse y de persuadir, insistió en solicitar una conferencia poniendo por ejemplo la que habia tenido con Cruz y Negrete; y no habiendo recibido contestacion alguna del ayuntamiento, reiteró su primera comunicacion protestando que obraria militarmente, si no se le mandaba una diputacion de aquel cuerpo para tratar con ella lo que fuere conveniente al bien general de la nacion, y muy particularmente al de aquella ciudad. En consecuencia, el dia siguiente se presentaron en la hacienda de la Soledad á donde Iturbide habia trasladado su cuartel general por estar mas cerca un regidor, y el procurador síndico D. José María Cabrera con una nota del ayuntamiento en que manifestaba que no estando en sus facultades tratar de cosa alguna relativa á disposiciones militares, habia comisionado á los capitulares referidos, para que por los medios que les dictase su celo, procuraran evitar la efusion de sangre y las demas calamidades de que estaba amenazada la ciudad; y aunque nada se concluyó, los comi-

sionados habiéndose detenido todo el día en el campo de Iturbide, regresaron por la tarde muy satisfechos y complacidos de la entrevista.

Quintanar cedió también á las circunstancias y mandó á oír las proposiciones que Iturbide quisiese hacer, á los Tenientes coroneles D. Manuel Rodríguez de Cela, español y D. Juan Isidro Marrón, español también, mayor el primero del batallón de Voluntarios de Barcelona y el segundo, comandante de Escuadrón de Fieles del Potosí, aunque sin facultades para concluir convenio alguno. Las propuestas que hizo Iturbide se redujeron á que se dejase á la tropa en libertad para tomar el partido que quisiese, ofreciendo á los expedicionarios el pago de sus alcances y medios para regresar á España; y la que prefiriese seguir obedeciendo al gobierno, quedaria en la ciudad de Valladolid sin hostilizar ni ser hostilizado hasta que el Virey resolviera sobre las propuestas que se le habian de hacer por el General Cruz por medio del Obispo de Guadalajara Cabañas y del Marqués del Jaral.

En el entretanto se presentó la ocasion para dos circunstancias que merecen mencionarse. La una fué que en la tarde del día 16, marchó la caballería de Bustamante, atravesando parte de la población con permiso de Quintanar para trasladarse de la Hacienda del Rosario á la del Rincon. La otra ocurrencia fué que Iturbide para dar á conocer todas las fuerzas que tenia á su disposición, hizo que en las lomas de Santiaguino formasen en batalla los Regimientos de infantería de la Corona, Tres Villas y Celaya, los Cazadores de Santo Domingo con los Escuadrones de su escolta que mandaba D. Epitacio Sanchez y con los dragones del Rey. Allí pasaron lista presentando á la vista de todos aquel espectáculo imponente, y despues contramarcharon á la Hacienda de la Soledad. Desde que Iturbide acampó en las inmediaciones de la ciudad, era tan grande la desercion de las tropas de la

guarnicion, que se pasaban á los independientes los oficiales y soldados en gran número, siendo de estos una parte de los expedicionarios, lo que lo obligó á Quintanar á que abandonase el recinto exterior que tenia fortificado, reduciéndose al interior. Iturbide dispuso entonces alejarse con la mayor parte de sus fuerzas en el convento de San Diego; de manera que aunque llegaba á situarse en el interior de la ciudad, quedaba fuera de la línea del segundo recinto, y así lo verificó en la tarde del 17.

Las comunicaciones habian continuado, proponiendo Quintanar que permaneceria neutral como Cruz, mientras se decidia la suerte de la Capital, á lo que no accedió Iturbide, no dejándole otro arbitrio que el de admitir una capitulacion honrosa ó el de romper las hostilidades dentro de un término breve. Quintanar quiso conciliar su opinion particular con los deberes de su empleo, valiéndose de un arbitrio tan extraordinario como chocante, que fué el de desertarse él mismo de la plaza para no verse en el caso de ser el que la entregaba. Para efectuar su resolucion dispuso salir fuera del recinto fortificado en la tarde del 19 con su segundo Cela, á quien manifestó lo que habia determinado, entregándole una orden para que tomase el mando; y con seis dragones que voluntariamente quisieron seguirle, se dirigió al cuartel de San Diego para presentarse á Iturbide, en donde fué recibido por los oficiales y soldados con vivas y aclamaciones de regocijo, y obsequiado y agazajado cordialmente por Iturbide.

En tan comprometida situacion no le quedaba á Cela otro recurso ni partido, que el de capitular, á lo que además se hallaba inclinado por las atenciones de Iturbide, el que hábil para aprovechar las ocasiones de adquirir amigos, viendo que comenzaba á llover cuando Cela se retiraba de la primera conferencia tenida en la Hacienda de la Soledad, se quitó la capa que tenia puesta, y con ella procuró cubrir al que se despedia; y como este avisó en

seguida que estaba dispuesto á tratar, proponiendo que se le mandaran dos comisionados que arreglaran con él las condiciones, entonces fueron nombrados D. Antonio Matiana, español, que era mayor del Batallon de Santo Domingo y D. Joaquin Parres, mayor de los Fieles del Potosí. En la conferencia que tuvieron la misma noche, quedó convenido que la tropa de la guarnicion que quisiera retirarse á México, saldria con los honores de la guerra, franqueándosele los fondos y auxilios necesarios para el viage, el que haria con sus armas y bajo la seguridad de la palabra de honor del primer jefe del Ejército de las Tres Garantias, sin hostilizar ni ser hostilizada, siguiendo el camino más recto pero sin tocar á Toluca. Que todo ciudadano particular que quisiera seguir á la guarnicion, podría hacerlo, dándosele ocho dias para el arreglo de sus asuntos; y los que prefiriesen quedarse, no serian molestados por las opiniones que hubiesen manifestado, sino antes bien protegidos por las autoridades, así como las familias de los que saliesen; y que la artillería y municiones se entregarían al comisionado que se nombrara para recibir las. Iturbide agregó á esta capitulacion que fué publicada el 20 de Mayo, que todos los soldados europeos que quisieren separarse de sus banderas, serian recibidos bajo las de la independencia si querian voluntariamente alistarse en ellas, ó podrían libremente dedicarse al ejercicio que quisieran; y que á los que prefiriesen regresar á España además de pagarles sus alcances, se les costearia el transporte, aunque el deseo del primer jefe era que ni uno solo saliese del país, en prueba de lo cual habia pasado con ascenso á los cuerpos independientes á todos los que se habian querido presentar.

La guarnicion salió en veinte y uno, habiendo quedado reducida por la desercion á unos seiscientos hombres de los batallones de Barcelona y de Nueva-España, y del escuadron de Fieles del Potosí de Marran, á quien si-

guieron sin embargo de que estaban en el ejército trigarante sus jefes y muchos de sus compañeros. La guarnicion en su marcha fué escoltada á distancia conveniente por Don Vicente Filisola con el cuerpo que mandaba; y sin pasar por Toluca segun lo convenido, llegó á Tacubaya, desde donde el coronel de Nueva-España Don José Castro avisó al Virey que estaba á su disposicion. En Valladolid quedó parte del mismo regimiento, el cual cambió este nombre por el "de la independencia," el Ligero de San Luis Potosí (conocido por los Tamarindos) y el de Valladolid, los que hicieron el servicio de la plaza hasta la entrada de Iturbide, el cual comisionó á D. Francisco Cortazar español, que era sargento mayor, para que recibiera la artilleria y municiones. Con los desertores de todos los cuerpos, que se pasaron á los independientes durante el sitio, se formó el batallon de la Union, cuyo mando se le dió á Don Juan Domínguez; y se incorporó en el ejército trigarante Don Juan José Andrade con la gente del regimiento de dragones de Nueva Galicia, con los cuales se presentó. Iturbide recibió en su cuartel general de San Diego las felicitaciones de todo el vecindario; y despues de asistir al Te-Deum que se cantó en la iglesia de aquel convento, hizo su entrada triunfal al frente de todo su ejército, el dia veinte y dos de Mayo en la ciudad que lo vió nacer, al cabo de diez dias de sitio, en el que no se derramó ni una gota de sangre. El referido primer jefe nombró comandante de la plaza al teniente coronel Don Miguel Torres.

